

Hora vengo á buscar
La sombra cariñosa de tus árboles,
Cansado de luchar.

Quiero volver á entrar en la Capilla
Primera en que recé,
Volver á ver el rostro de la Virgen
Que en mi niñez amé.

Quiero á ese Cristo de tu altar de rocas
Contar lo que sufrí,
Mostrarle que mi alma no es dichosa
Sino viviendo aquí!

Extrañé los cristales de tus fuentes
Sus quejas al pasar,
Y extrañé los gemidos de tus tórtolas
En lo alto del Pinar.

Esas blancas dichosas ilusiones
Que en mi alma se anidaron,
Lo mismo que las aves de tus fresnos
En parvadas volaron.

Bendito sea el instante en que diviso
Mi morada sencilla,
Y en que oigo que repican las campanas
De mi blanca capilla.

Ya están allí las copas de los sauces

Que me vieron marchar,
Comienzo á ser dichoso en los instantes
En que vuelvo á mi hogar!!

Diciembre de 1886.

F. DE P. SANCHEZ SANTOS.

(Escrito para este Almanaque.)

SALUS INFIRMORUM.

A LA VIRGEN MARIA

En una grave enfermedad de mi Esposa.

SONETO.

(INÉDITO).

Al elegirte Dios, Santa Señora,
Para Madre, entre todas las mujeres,
De gracias te llenó, de gracias eres
Desde entónces fiel distribuidora.

No ha habido, Madre mia, hasta ahora,
Fervorosa oracion que tú no oyeres,
Ni alma que en tu amparo no acogieras
Cuando tu auxilio celestial implora.

En la que tanto, Virgen pura, te ama,
En la que es de mi hogar luz y alegría,
La fiebre enciende su terrible llama.

Salud de los enfermos á porfía,
Mi atribulado corazon te aclama. . . .
¡Vuélvele la salud, ¡oh, Madre mia!

San Angel, Julio 3 de 1883.

JOSÉ MARÍA BANDERA.

FRAY PEDRO DE GANTE.

I.

FRAY PEDRO DE GANTE, uno de los primeros apóstoles de nuestra tierra, y digno de eterna memoria por sus virtudes y méritos, fué de nacion flamenco. En una de sus cartas dice que era natural de la villa de Iguen, en la provincia de Budarda, y lo repiten los escritores de la orden. Pero en otra carta señala por lugar de su nacimiento la ciudad de Gante. Además de la contradicción, hay la dificultad de no saberse cuáles eran esa ciudad ó villa de Iguen, y esa provincia de Budarda. Ateniéndonos á las investigaciones de un compatriota del gran lego, podemos decir

que Iguen ó Igün es Ayghem—St—Piere, suburbio hoy de Gante. El mismo biógrafo conjetura que escribiendo Fr. Pedro al Emperador, pudo decir con verdad que habia nacido en Gante; sin perjuicio de que cuando se dirigia á sus compañeros precisara más el lugar, señalando aquel suburbio ó dependencia que ellos conocian bien. El nombre de la provincia (*Budarda*) debe estar corrompido, y hasta ahora no se le encuentra equivalente cierto.

Tampoco se conoce el verdadero apellido de nuestro misionero. El lo latiniza en *de Mura*, que puede corresponder á los flamencos *de Moor, Van*

der Moere ó de Muer. En ninguna parte encuentro fijado el año de su nacimiento; pero puede deducirse aproximadamente de las noticias que los franciscanos dieron en 1569 ó 1570 al visitador del Consejo de Indias, D. Juan Ovando. Al tratar de la escuela de San Francisco, nombran á Fr. Pedro de Gante, y dicen que tenia noventa años; lo cual nos hace retroceder á 1497 ó 1480; si bien la cuenta no es del todo segura, porque los escritores de entónces no se cuidaban mucho de la exactitud de tales indicaciones.

El origen de Fr. Pedro está asimismo envuelto en una oscuridad que apenas comienza á disiparse. Lo único hasta hoy bien comprobado es que tenia estrecho parentesco con el Emperador Carlos V. A él mismo dice en una carta:

"Justa cosa es que se me conceda la merced, atento á lo mucho que he trabajado con ellos, y que tengo intención de acabar mi vida en su doctrina:

"y dame atrevimiento *ser tan allegado á V. M.* y ser de su tierra;" y en una breve relacion de varios sucesos es mucho más explícito: "Pues que V. M. é

"yo sabemos *lo cercanos é propincos que somos, é tanto, que nos corre la mesma sangre*, le diré verdad en todo, para descargo de mi conciencia, y V. M. pueda descargar la suya." Por su parte

el provincial Fr. Alonso de Escalona escribia al rey Felipe II, el año mismo de la muerte del padre: "Hemos perdido uno de los mejores obreros en Fr. Pedro de Gante. Dios se lo llevó á sí para darle el premio, segun lo sabe dar á sus servidores; que fuera harto pesado y molesto, si diera cuenta á V. M. de lo mucho que hizo y obró por acá, pues que la tierra está henchida de su fama: fué pastor infatigable, trabajando en su ganado cincuenta años, y muriendo en medio de sus ovejas, muy distinto de aquel obispo Casaus, que las abandonó y murió muy lejos de ellas: mucho agraciamiento le deben estos indios, y nosotros los religiosos, pues que le dabamos *el ser deudo tan allegado del cristianísimo padre de V. M.*, que por su medio nos era gran favorecedor, y nos otorgaba muchas de las mercedes que todos habiamos menester." Cuál fuera

á punto fijo ese parentesco tan cercano, no ha podido averiguarse todavía. No han faltado escritores poco avisados, que han tenido al P. Gante por hijo natural de Carlos V; sin reflexionar que este príncipe nació en 1500 y á esta fecha tenia ya Fr. Pedro unos veinte años. La creencia de que era hijo de Felipe el Hermoso, y por consiguiente hermano de Carlos V, tampoco tiene fundamento, porque ambos eran, poco más ó menos, de una misma edad. Un historiador, que de niño pudo conocer al padre, dice sencillamente que este era *primo* del Emperador. Fr. Pedro hace mencion de sus *parientes* en la carta de 1529, y encarga que se les comunique el contenido de ella, traducido al flamenco, pues él escribia en español, por haber olvidado su lengua nativa.

Dícese que hizo sus estudios en la universidad de Lovaina, de donde salió aprovechado discípulo. Siendo, como era, de sangre tan ilustre, no debemos extrañar que recibiera educacion esmerada. Por él mismo sabemos que desde muy mozo se habia ocupado en cosas tocantes al servicio de la corona real, *antes de su conversion*. No creo que por estas últimas palabras deba entenderse que en su juventud llevara vida aviesa, sino que despues de haber hecho un papel correspondiente á su elevado origen, renunció á los goces y esperanzas del mundo, para acogerse al retiro del claustro. Todo este período de su vida, anterior al viaje á Nueva España, está muy oscuro. Así es que ignoramos tambien dónde y cuándo tomó el hábito de San Francisco; sería, probablemente, en el convento de su patria; pero aunque su nacimiento y sus letras le abrian camino fácil al sacerdocio y á las mayores dignidades eclesiásticas, nunca quiso pasar del humilde estado de lego.

II.

Moraba en el Convento de Gante cuando llegaron las nuevas de los primeros descubrimientos de Cortés. En nuestros días, conocido y andado ya todo el orbe, no podemos formarnos idea cabal del golpe que daban entónces las noticias referentes al Nuevo

Mundo que iba apareciendo á los ojos atónitos de los habitantes del antiguo. Era también la primera vez que se oía hablar de imperios cuya civilización, abultada por la novedad, contrastaba con la rusticidad y abatimiento de los indios descubiertos hasta entonces. Para los políticos, aquello significaba un nuevo é inmenso campo á las ambiciones: para los codiciosos, una mina inagotable: para la Iglesia, una copiosísima mién con que podía reparar las pérdidas que las nuevas herejías le estaban causando en sus antiguas posesiones. La órden del gran Francisco, fuerte con su pobreza, avezada á la conquista de almas, fué la primera que se aprestó á llevar la luz de la fé á aquellos gentiles. Fr. Juan Clapion y Fr. Francisco de los Angeles, persona de nobilísima estirpe, se decidieron á hacer el viaje, y comenzaron á negociar las licencias necesarias para emprenderle; mas no lograron su designio, porque Fr. Francisco fué elevado poco despues á la dignidad de Ministro General de su órden, y la muerte arrebató á Fr. Juan. El nuevo General, ya que no podía venir en persona, dispuso inmediatamente el despacho de la mision que á poco trajo Fr. Martin de Valencia; pero mientras se arreglaba aquello, se adelantaron tres religiosos flamencos, residentes á la sazón en Flandes. Fueron Fr. Juan de Tecto (*du Toict*), antiguo profesor de Teología durante catorce años en la Universidad de Paris, guardian del convento de Gante y confesor del Emperador: Fr. Juan de Ayora ó Aora, sacerdote venerable por su ciencia y ancianidad, y nuestro ilustre lego Fr. Pedro. Entre los muchos frailes que solicitaban el permiso del soberano para ir á nuevas tierras, solamente estos tres le obtuvieron; merced, sin duda, al paisanaje, á la influencia que tenia el P. Tecto por su carácter de confesor de S. M., y al parentesco inmediato de Fr. Pedro; si bien se dice que fué también necesario el empeño de los cortesanos flamencos para vencer la resistencia de Carlos V, que no queria separarse de su confesor. Alcanzadas al fin la autorización régia y la del provincial, creyeron tener lo bastante, y no se detuvieron á

pedir la del nuevo pontífice Adriano VI, que aun no habia llegado á Roma.

Salieron, pues, de Gante, con solo dos licencias, el 27 de Abril de 1522. Ignoro por qué tardaron dos meses en llegar á España: el caso es que arribaron á Santander en la misma flota que condujo de Inglaterra al Emperador, y desembarcaron el 22 de Julio. También se detuvieron largo tiempo en España, sin que sepamos en qué le gastaron. Allí recibieron las noticias de la expugnacion de la gran ciudad de México y caída del imperio azteca, lo cual les puso mayor deseo de apresurar su viaje. Volvieron á embarcarse el 1º de Mayo de 1523, supongo que en Sevilla, por ser el lugar de donde partian todas las naves que hacian viajes á las Indias. La que conducia á nuestros religiosos gastó cuatro meses en la travesía, y al cabo los puso en Veracruz el 30 de Agosto del mismo año.

III.

México empezaba entonces á salir de sus ruinas, y no les pareció residencia apropiada aquella donde todo era burlicio, y donde los indios agobiados por el trabajo que se les exigia para la reedificación de la ciudad, no tenían tiempo ni tranquilidad para recibir instruccion. Sea por esto, ó más bien porque la ignorancia del idioma era un invencible obstáculo para el logro de sus deseos, se retiraron á Tezcoco: El nuevo señor de allí, Ixtlilxochitl, aliado de los españoles, dió aposento á los tres religiosos en el palacio del rey Nezahuilpilli, y ellos se dedicaron desde luego á aprender la lengua mexicana, para lo cual mostraba Fr. Pedro las más felices disposiciones. Antes de cumplirse un año, llegó la mision de franciscanos con el custodio Fr. Martin de Valencia. Salieron á recibirlos Cortés, Ixtlilxochitl y el P. Gante; y habiéndoseles dado á instancias de este, el recado necesario, dijeron allí la primera misa solemne el día de San Antonio de Padua, 13 de Junio. Acaso por eso llevó el nombre de este santo el convento edificado despues en Tezcoco. Admirados los recién venidos, de que á pesar de la conquis-

ta y de la presencia de los tres misioneros aun reinase la idolatría, sin que ni siquiera hubiesen cesado del todo los sacrificios humanos, preguntaron con cierta extrañeza á sus predecesores, qué habian hecho y en qué se ocupaban. Fr. Juan de Tecto, como más caracterizado, respondió por todos: "Aprendemos la teología que de todo punto ignoró San Agustín;" es decir, la lengua mexicana, indispensable para emprender la conversion de aquellas gentes. Los padres flamencos se incorporaron á la mision, y quedaron bajo la autoridad de Fr. Martin de Valencia, conforme á la instruccion que este traia de su General. De los tres faltaron pronto dos, porque el mismo año de 1524 partieron los padres Tecto y Ayora con Cortés, á la desastrosa expedicion de las Hibueras, durante la cual murieron de puro trabajo y miseria. Quedó, pues, solamente, de los primeros, nuestro Fr. Pedro de Gante, que habia de ser uno de los más célebres entre aquellos varones apostólicos.

Tres años y medio permaneció en Tezcoco, en cuyo tiempo hizo varias expediciones á Tlaxcala y otras provincias cercanas á México. Hallamos en una de sus cartas la especie de que entre él y un compañero bautizaron más de doscientos mil indios. Sin duda se expresó así porque andaba acompañando al sacerdote en aquella ocupacion, y probablemente preparaba é instruía á los catecúmenos, pues siendo lego no podia administrar el sacramento. Ninguno de sus biógrafos habla de esto; y por más que entonces el gran número de indios que acudia á pedir el bautismo obligara á omitir la mayor parte de las ceremonias, no hay indicio de que la necesidad se considerara tan grave, que autorizara la administracion del sacramento á los adultos por quien no hubiera recibido las órdenes sagradas.

A fines de 1526 ó principios de 1527, estaba ya Fr. Pedro en el Convento de México, donde, salvo una corta interrupcion, habia de pasar el resto de sus días. Su estado de lego y el defecto de ser tartamudo, le impedían dedicarse á la predicacion; pero era cosa notable que los frailes sus compañeros apenas

le entendian cuando les hablaba, ya fuera en la lengua española ya en la mexicana; mientras que los indios comprendian sin la menor dificultad cuanto les decia. Así fué que apesar de tal defecto, servia muchas veces de intérprete, ayudaba á la conversion, catequizaba á los indios y predicaba cuando no habia sacerdote que entendiera la lengua; pero su principal ocupacion fué siempre la enseñanza de los niños.

Cuidaron mucho de ella los frailes en un principio, como de cosa tan importante para apresurar la conversion y asentarla sólidamente. La empresa era de imponderable dificultad, porque con medios enteramente desproporcionados á los fines, habian de atender no á la educacion sucesiva de los niños segun fueran llegando a edad competente, como sucede en nuestros días, sino á la de una numerosa generacion entera, chicos y grandes, hombres y mujeres, que de golpe aparecía urgentemente necesitada de instruccion religiosa y civil, desde los primeros rudimentos, y sin saber siquiera la lengua de sus maestros. Los frailes eran pocos, y considerando que si querian abarcar todo, nada alcanzarian, se resolvieron á dividir su tiempo entre la conversion de los adultos y la enseñanza de los niños. Procuraban así atender á lo más urgente, porque para los adultos era ante todo sacarlos de sus errores, y los niños, como más dóciles y no imbuidos todavía en las viejas creencias, con la enseñanza recibirían la nueva religion. Contaban además, con que una vez bien doctrinados los pequeños, ellos servirían para atraer á los mayores, y no se engañaron en su esperanza.

Con esa idea, al edificar los frailes sus conventos les dieron una traza particular, casi siempre la misma: la iglesia de oriente á poniente, y formando escuadra con ella, hácia el norte, la escuela y las habitaciones para los discípulos. A ese departamento solía acompañar una capilla destinada especialmente á los indios, mayor á veces que la iglesia principal. Las construían de muchas naves, enteramente abiertas por uno de los extremos, y con vista á un grandísimo átrio que completaba el

cuadro de toda la fábrica. De esta disposición (que aún se ve en algunas partes, y señaladamente en Cholula), resultaba que cuando el concurso de los indios á los oficios divinos era tan grande, que no cabían en la iglesia, los que quedaban afuera podían ver desde el atrio lo que se celebraba. Servía también aquel patio para enseñar la doctrina á los adultos, por la mañana, antes del trabajo, y también para los hijos de los *macehualés* ó plebeyos que acudían á recibir la instrucción religiosa, pues el edificio estaba reservado para los hijos de los nobles y señores; bien que esta distinción no se guardaba rigurosamente. Una de las razones que movían á los religiosos para hacerla, era que hijos de pobres no tenían necesidad de saber mucho, pues no habían de regir la República, y si la tenían de instruirse pronto en lo más preciso para quedar libres y ayudar á sus padres en el trabajo con que ganaban la vida, mientras que los nobles no hacían falta en sus casas y podían estar más de asiento en la escuela, hasta alcanzar toda la instrucción que se requiriera para desempeñar cargos públicos. Distinguían también de ingenios, y no querían perder su escaso tiempo en dar instrucción mayor á los discípulos que ya en la primera habían mostrado carecer de capacidad para más. Como en las niñas no mediaban esas razones, no había distinción para ellas, sino que las de todas las clases recibían instrucción en comun. Tal vez no estaría de sobra recordar hoy esas prudentes reglas de los primeros misioneros. Las familias y el Estado no harían sacrificios estériles para dar una instrucción enciclopédica, que en pocas cabezas cabe, rara vez se termina, y ménos se emplea bien; tampoco se mediría por igual lo que es muy diverso, ni se crearían necesidades facticias y ambiciones desordenadas que tan funestas son cuando faltan la voluntad ó los medios para satisfacerlas de una manera legítima.

IV.

Levantadas las escuelas, era preciso procurarse discípulos, y los frailes, ya

por sí mismos, ya valiéndose de las autoridades, exigieron á los señores y principales que enviasen sus hijos á los monasterios para ser allí educados. Muchos de los señores, no queriendo entregarlos ni osando desobedecer, apelaron al árbitrio de enviar en lugar de sus propios hijos y como si fuesen ellos, á otros muchachos hijos de sus criados ó vasallos. Mas con el tiempo, advertida la ventaja que llevaban esos plebeyos á sus señores, merced á la educación que habían recibido, enviaban ya á sus hijos á los monasterios, y aun instaban para que fuesen admitidos.

Las escuelas eran generalmente salas bajas, con dormitorios contiguos y demás dependencias. Las había en todos los conventos principales, y tan capaces algunas, que admitían hasta ochocientos ó mil niños; pero la más famosa de todas fué la de México, fundada y regida durante medio siglo por nuestro Fr. Pedro de Gante. Hallábase, según lo acostumbra, detrás de la iglesia del convento, alargándose hacia el Norte. Con vista al Poniente quedaba la capilla de San José de Belem de los Naturales, que al principio fué de paja con un pobre portal, y después se convirtió en una gran iglesia, la mejor de México, con sus siete naves descubiertas al inmenso atrio. Era la parroquia de los indios, á cargo de los franciscanos, y en ella se celebraban todas las funciones solemnes que se ofrecían, porque la parroquia de españoles ó antigua catedral de la plaza mayor, era tan pequeña, fea, pobre y desmantelada, que no servía para tales ocasiones.

Pronto se juntaron en aquella escuela hasta mil niños. Por la mañana les daba Fr. Pedro lecciones de lectura, escritura y canto; por la tarde enseñaba la doctrina y predicaba. Asistían á las fiestas religiosas y cantaban las horas canónicas. A los pequeños no permitían comunicación alguna con sus familias, para que no se contaminasen de los errores de la idolatría; pero de los más adelantados y entendidos eligió Fr. Pedro cincuenta, que destinó á catequistas, y les daba lección particular, enseñándoles con trabajo durante la semana lo que habían de predicar el domin-

go siguiente. Llegado el día, los despachaba de dos en dos por los alrededores de México para que anunciasen el Evangelio. Si la distancia era grande, como de quince ó veinte leguas, salían cada veinte días; y cuando tenía noticia de que iba á celebrarse alguna fiesta gentilica, despachaba con tiempo los más hábiles para estorbarla. Solía acompañar él mismo á aquellos misioneros improvisados, y de paso iban destruyendo templos é ídolos. Así aquella escuela era al mismo tiempo un centro de propaganda religiosa. Igualmente salían de allí jueces, alcaldes y regidores para los pueblos; porque la instrucción se extendió rápidamente entre los indios. En 1524 apenas había alguno que supiese lo que eran letras, y veinte años después, en 1544, quería el Sr. Zumárraga que la *Doctrina* de Fr. Pedro de Córdoba se tradujese á la lengua de los indios, y esperaba que sería de mucho fruto, "pues hay tantos de ellos que saben leer." Veinte años ó ménos, con tan pocos y tan ocupados maestros, es bien corto término para tal obra.

Cuidaba mucho Fr. Pedro de que sus discípulos viviesen arregladamente, y destinaba una parte de su tiempo á prepararlos para recibir los sacramentos. Otra empleaba en instruir de sus obligaciones á los que iban á tomar estado, y hacia que en los días festivos se casaran solemnemente con doncellas criadas en recogimientos que para ellas habían fundado también los religiosos. En el esplendor del culto divino ponía asimismo particular esmero. Tenía su capilla de S. José bien provista de todo lo necesario: celebraba con pompa las fiestas y procuraba que los indios no echasen de menos las antiguas, á cuyo efecto ordenaba danzas y cantares, y él mismo compuso "metros muy solemnes sobre la ley de Dios y la fé." Instituyó cofradías para los indios: unas destinadas al culto: otras á ejercer obras de misericordia. Fuera de la de San José levantó en México varias iglesias ó capillas, entre ellas las cuatro de los barrios en que se dividieron los indios de la ciudad: Santa María, San Juan, San Pablo y S. Sebastian. Era tan grande su afán de multiplicar los lugares de

adoración, que él mismo nos refiere haber hecho construir más de cien iglesias en el corto tiempo corrido desde su llegada hasta el año de 1529.

Al estudio de doctrina, primeras letras, música y canto, vino pronto á agregarse el de la lengua latina. Hacía mucha falta á los religiosos una escuela semejante, porque sin ella no podían proporcionarse músicos y cantores para las muchas iglesias que iban edificando. A esta necesidad proveyó cumplidamente Fr. Pedro, enseñando á sus discípulos el latín con ayuda de Fr. Arnaldo de Basacio, y la música y canto en compañía de un anciano religioso llamado Fr. Juan Caro, quien sin saber palabra de mexicano consiguió, á fuerza de constancia, que aquellos niños entendiesen las lecciones que les daba en español. Los discípulos hicieron notables adelantos, y llegaron á componer misas. Fr. Pedro aseguraba al Emperador haber cantores indios que podían lucir en su capilla real.

V.

No era esa la única necesidad de las iglesias, sino que también hacían falta imágenes, porque las traídas de Europa eran pocas y caras. Fr. Pedro añadió igualmente al remedio, añadiendo á su escuela un departamento de bellas artes. Como los indios tenían ya idea de la parte mecánica de la pintura, y concian excelentes colores vegetales; no fué muy difícil hacerles corregir su defectuoso dibujo, luego que tuvieron por modelos buenas pinturas de España y Flándes. Lo propio sucedió con la escultura, por la aptitud para la imitación, innata en los indios, y de esa manera la escuela de Fr. Pedro de Gante proveía á todas las iglesias, si no de obras maestras, que nunca abundan ni podían salir de allí, á lo ménos de imágenes decentes, que de otro modo no habrían podido obtenerse. El culto pedía además ornamentos, vasos sagrados, cruces, ciriales, andas, y otros muchos accesorios; pero sobre todo, artesanos de diversos oficios para la construcción de templos y altares. A todo quiso atender Fr. Pedro, y cada día fué dando mayor ensanche á su escuela. Con el

auxilio de un lego italiano, criado en España, llamado Fr. Daniel, primer maestro que los naturales tuvieron en el arte de bordar, se estableció esa nueva industria, en que sobresalieron los indios, porque como ya había entre ellos maestros tan señalados en las labores de pluma, combinaron ese hermoso arte con el que de nuevo aprendieron, y producian labores primorosas, perfeccionadas con el conocimiento de las reglas del dibujo. Por iguales términos se ejecutaban allí los demás objetos necesarios para las iglesias, y se establecieron tambien talleres de artes mecánicas donde trabajaban canteros, herreros, carpinteros, sastres, zapateros, y otros. Ya se entiende que todos esos oficios no podian ser ejercidos por los niños de la escuela, porque ni su edad ni sus ocupaciones lo permitian, sino por otros indios mayores que el buen padre recogía y enseñaba. Asegura un cronista, y bien puede creerse, que á no haber sido porque desde el principio aquel santo religioso cuidó de que los indios se perfeccionasen en los oficios que ya sabian, y aprendiesen los nuevamente introducidos por los españoles, nada hubieran adelantado á lo que sus antepasados sabian. Porque sobre estar aturdidos los indios con las guerras y calamidades pasadas, los artesanos españoles, muy lejos de procurar enseñarles lo que sabian, les ocultaban cuidadosamente los secretos de sus oficios, porque una vez dueños de ellos los indios, trabajaban mucho más barato, como hoy día sucede, y quitaban á los españoles las crecidas ganancias que sacaban del monopolio, por ser pocos ó únicos los de cada oficio. Fr. Pedro no se contentaba con enseñar lo que podía, sino que ayudaba de buena gana á los indios en sus diligencias para sorprender los secretos de los artesanos españoles á quienes servian de oficiales ó criados; y con tal motivo se cuentan anécdotas curiosas que muestran bien cuánto era el empeño de los indios por aprender, y la facilidad con que lograban imitar los artetactos de los extranjeros. Completaba el gran establecimiento de nuestro Fr. Pedro, una pequeña celdilla á donde á ratos se reti-

raba á recogerse y cobrar nuevas fuerzas en la oracion; pero sin perder nunca de vista á sus discípulos.

VI.

Admira ciertamente la disposicion que mostró Fr. Pedro para enseñar artes que no sabemos hubiese aprendido. Tal vez en su juventud, cuando vivía en el mundo, se instruiría en algunas de ellas, como la música y el canto; pero no es creible que en todas, y ménos en las puramente mecánicas. No aparece que en la escuela de San Francisco hubiese otros catedráticos y maestros, que el mismo Fr. Pedro y algunos de sus compañeros de hábito, como los padres Basacio y Caro, y el lego Fr. Daniel. No podía ser de otro modo, porque no se contaba con renta para pagar maestros seculares. Verdad es que la construccion de los edificios corría entonces á cargo de los indios; pero como tan pobres, no podian dar sino su trabajo. Fr. Pedro pedia limosnas para sus educandos, y no bastándoles, solicitaba del rey un corto auxilio en maíz y dinero. El Emperador concedió una limosna, que no sabemos á cuanto ascendía, librada en penas de cámara, ó sea multas; pero como no las había, resultó ilusoria la merced. Por lo visto, el parentesco de Fr. Pedro de Gante no sirvió de mucho para que el Emperador favoreciese la escuela.

Dependencia de ella, aunque no contigua, era la enfermería que construyeron los frailes para curar á los niños que se educaban en el monasterio, y tambien para los que de fuera viniesen. Con ese objeto pidieron al Ayuntamiento un sitio al otro lado de la acequia que corría por la calle de S. Juan de Letran, y es el mismo donde despues estuvo el colegio de ese nombre. En 12 de Julio de 1529 concedió el Cabildo ese terreno, y los frailes, con ayuda de los indios, edificaron un hospital tan grande, que á veces había en él trescientos y cuatrocientos enfermos. Fr. Pedro corría tambien con esa casa, le procuraba limosnas, y la recomendaba al Emperador, pidiendo con instancia que se le asignase alguna renta. Pero poco despues, habiéndose resuelto la fundacion de un colegio para *mestizos*, se tomó aquel edificio, con promesa de dar á los frailes otro equivalente para

el hospital, lo que no llegó á tener efecto.

En nuestra época de afan, más ruidoso que sincero, por el aumento de la instruccion pública, y cuando anunciamos á són de trompeta la apertura de una triste escuela de primeras letras, antes mala que buena, no conocemos ni admiramos como debiéramos los gigantescos esfuerzos de aquel pobre lego, que sin más recursos que su indomable energía, hija de su ardiente caridad, levantaba de cimientos y sostenía durante medio siglo una magnífica iglesia, un hospital y un gran establecimiento que era á un tiempo escuela de primeras letras, colegio de instruccion superior y de propaganda, academia de bellas artes y escuela de oficios: un centro completo de civilizacion. Calcúlese lo que costaría hoy al erario un establecimiento semejante; el sinnúmero de catedráticos, maestros y empleados que exigiría, y no podrémos ménos de llenarnos de asombro al ver que unos cuantos frailes, dirigidos por un lego, hacían todo aquello, que solo era una pequeñísima parte de sus imponderables trabajos apostólicos.

VII.

Antes de resolverse á consagrar enteramente su vida á la enseñanza, sintió el P. Gante graves tentaciones de abandonar la penosa tarea y volverse á su patria; pero acudiendo á la oracion, logró triunfar de sí propio, y prosiguió incansable, instruyendo y civilizando á los indios. Correspondian estos cordialmente al afecto que les mostraba el padre: le preferían á todos los demás religiosos, por caracterizados que fuesen: le obedecian gustosos en cuanto les mandaba: á él acudían en todos sus negocios y trabajos, como á verdadero padre, de manera que realmente de él dependía el gobierno de los indios de México y su comarca; tanto que el Sr. Arzobispo Montúfar, inmediato sucesor del Sr. Zumárraga, solía decir: "Yo no soy arzobispo de México, sino Fr. Pedro de Gante." Más claramente se vió cuando á consecuencia de cierto falso testimonio que levantaron al padre, fué desterrado á Tlaxcala, donde permaneció poco tiempo, por haberse probado muy pronto su inocencia. Obtenido el

permiso de volver, quiso embarcarse en Tezcoco para entrar de noche á México; y excusar el recibimiento que los indios le preparaban; pero no fué tan secreta la resolucion, que los indios no la supieran, y salieron á encontrarle con gran flota de canoas, haciéndole una solemne fiesta, en que simularon un combate naval, y luego le llevaron hasta su aposento entre danzas y regocijos. Aun despues de muerto conservaron de él grata memoria. El cronista refiere que una india tenia por devocion vestir algunos frailes; y habiendo llegado una vez con seis hábitos, dijo al P. Fr. Melchor de Benavente, encargado de la capilla de S. José, que los diera á seis religiosos que nombró, y entre ellos á Fr. Pedro de Gante. Díjole entonces el P. Benavente: "Hija, ¿no sabes que Fr. Pedro es difunto?"—Sí lo sé, replicó la india; pero yo doy este hábito á Fr. Pedro: dálo tú á quien quisieres." De esa manera, á fuerza de beneficios, logró el P. Gante cambiar el carácter de los indios, de quienes decía en su primera carta, que no hacian cosa alguna, sino compelidos, y que era imposible sacar nada de ellos por halago y dulzura; lo cual atribuía á que nunca habían aprendido á obrar por amor á la virtud, sino solamente por temor y apremio. Además de los beneficios que aquí les hacía, abogaba calurosamente por ellos ante el Emperador. Procuró licencia para ir en persona á defenderlos allá, y no habiéndola alcanzado, escribió una carta casi exclusivamente con ese fin. En ella traza un vivo y doloroso cuadro de las miserias de los indios. Clama contra los servicios personales, el exceso del tributo, el alquiler forzado y la multitud de pleitos en que algunos estafadores los enredaban, como todavía sucede, para sacarles cuanto tenían. Se queja de que con el exceso del trabajo no les dejaban tiempo para recibir la doctrina, é iban por eso en decadencia las cosas de la religion, al mismo paso que la despoblacion de la tierra. Pide el remedio de todo con sentidas palabras, y dice: "Vasallos de V. M. son: la sangre de Cristo costaron: sus haciendas les han tomado: razon será que se duela de ellos, y pues están desposeidos